
SOY
AÑO 2
Nº83
9.10.09
DIVERSIDAD EN
Página12
Gloria Gaynor y la supervivencia del himno de las locas
LAS DOS CARAS DE MISHIMA
A 60 años de la edición de su emblemático libro
Confesiones de una máscara



Medalla y beso

FOTO: GUADALUPE LOMBARDO

La Red de América latina y el Caribe de Personas Transgénero (Redlactrans), representada por Marcela Romero, acaba de recibir en Washington una distinción por sus logros en salud pública. La relación entre personas transgénero y servicios de salud va mejorando, aunque muy lentamente.

"No somos el problema. Somos parte de la solución", reza el slogan de la Red de América latina y el Caribe de Personas Transgénero, organización que desde 2004 trabaja por la aceptación y el reconocimiento de los derechos de la población transgénero, travesti y transexual, y cuya coordinadora, Marcela Romero, recibió esta semana en representación de los casi cien voluntarios que tiene la Red en 18 países el Premio Clarence H. Moore al Servicio Voluntario. Un galardón que otorga la Organización Panamericana de la Salud (OPS) y la Fundación Panamericana de la Salud y Educación (Pahef), en distinción por los logros en salud pública llevados adelante por organizaciones no gubernamentales en la región de las Américas. "Este premio le pertenece a toda la comunidad trans. Venimos trabajando por una Latinoamérica y Caribe inclusivos y con derechos para una mejor calidad de vida", dijo Romero durante la premiación en Washington, alegre de que se reconociera la labor de una agrupación que en poco tiempo logró articular un movimiento cívico regional que abrió un diálogo con los gobiernos y las organizaciones internacionales. A tal punto lo abrió que el año pasado, como resultado de sus esfuerzos, la Organización de los Estados Americanos (OEA) emitió una resolución que alertaba sobre los actos de violencia y las violaciones a los derechos humanos que se cometen en los países latinoamericanos por razones vinculadas con la orientación sexual y la identidad de género. Una problemática que padecen sobre todo las personas trans y que más que declaraciones necesita actos concretos.

Coordinadora regional de la Red y además presidenta de la Asociación de Travestis, Transexuales y Transgéneros de Argentina (Attta), Marcela Romero luchó durante diez años en la Argentina por ser reconocida legalmente como mujer, cosa que logró en agosto pasado cuando le entregaron un nuevo DNI con su nombre. Una lucha por el reconocimiento de la identidad de género que, en el caso de Redlactrans, se articula con la tarea de educar a las travestis que viven en situación de prostitución sobre los riesgos de salud a los que están expuestas, especialmente el VIH. Algo en lo que entra a jugar no sólo la voluntad de disminuir el estigma en los servicios de salud (educando a médicos y enfermeras para que no discriminen y respeten el "nombre social" de las travestis), sino también el trabajo amoroso de activistas como Marcela, quienes difunden un mensaje de cuidado y prevención entre sus pares, bregando por un acceso digno a la salud y acompañando a las chicas en su llegada al hospital toda vez que hace falta. No es fácil decidirse a hacer una consulta en un hospital, no es fácil entrar sola, no es fácil someterse a interrogatorios y a desentendimientos o prepotencia sanitaria. Por eso, la presencia de voluntarias dispuestas a servir de nexo entre personal médico y pacientes ha demostrado ya que consigue un cambio sensible en las estadísticas de por sí nefastas. El panorama sigue siendo preocupante. Y para comprobarlo basta ver un trabajo que difundió este año la revista *Medicina* (Buenos Aires), en el que se afirma que cerca del 30 por ciento de las personas trans que se testearon en el Hospital Ramos Mejía entre el 1° de noviembre de 2002 y el 1° de abril de 2006 resultó ser VIH+. La investigación —realizada por el Dr. Marcelo Losso y otros médicos del Servicio de Inmunocomprometidos del hospital, y en la que participaron también Marcela Romero y Alejandro Freyre de la Fundación Buenos Aires Sida— arrojó que más del 40 por ciento de las personas trans que se testearon padecía sífilis. Cifras que se explican, en parte, por el hecho de que todas las consultantes eran trabajadoras sexuales, con un nivel de educación relativamente bajo, y muchas de las cuales padecían dolencias debidas a la administración de hormonas o a implantes de siliconas con aceite industrial. De hecho, el 76 por ciento de ellas se habían efectuado estas aplicaciones, tan dolorosas como peligrosas. Sólo el 13,3 por ciento revelaba un "uso correcto del preservativo". Una situación que no podrá ser revertida sólo a base de activismo y en la que hacen falta la ayuda del Estado y un cambio —¡urgente!— de mentalidad.

Queremos conocer a Esteban

La carta de la semana pasada firmada por un chico de 18 años llamado Esteban, quien consultaba “cómo es posible conocer gente como yo”, ha provocado un aluvión de cartas, sugerencias y exclamaciones entre las cuales seleccionamos estas cuatro por razones de espacio y de buena educación.

1

Hola redactores de **Soy**
Ayer leyendo el último suplemento me encontré con el mail de Esteban, este chico de 18 años que está en el closet y no sabe cómo conocer gente, y no pude evitar sentirme completamente identificada con él. Mi situación es bastante parecida, tengo 18 años y también a los 15 descubrí que me gustaban las mujeres y recién hace unos meses se lo dije a mi mejor amiga (que no le gusta la idea, pero no cambió en nada nuestra relación). El problema es que se hace muy difícil conocer gente como “uno” cuando se está en esta situación, yo soy parte del foro Très Jolie (que lo conocí gracias a este suplemento) y si bien se encuentran chicas muy copadas y demás, a mí personalmente no se me da muy bien la cosa del chat, pero tampoco puedo ir a las salidas porque son organizadas en Capital y yo vivo en otra zona. Estaría bueno que pudieran ayudarnos, aunque la mayor ayuda por supuesto sería poder salir del “closet” y vivir más tranquilos, pero para algun@s eso no es tan fácil.
Gracias, **Soy** ,por el espacio que nos brindan y la información.
Saludos

Jenny

2

Hola, ¡qué tal!,
Hace ya bastante tiempo vengo pensando en escribirles. Así que HOLA a Todxs y Todxs, me llamo Walter y soy abiertamente gay,
tengo 21 años, leí la carta de Esteban, y bueno, a veces pienso en lo mismo. Cuando salgo a la calle a conocer gente me doy cuenta de que es bastante complicado, por lo general los buenos corazones están bien guardados y me he llevado varias sorpresas de conocer gente que sólo le gusta lastimar a los que realmente quieren sentirse bien. Los chats telefónicos y lugares de encuentros... Supongo que por eso tampoco me gustan los lugares del ambiente, aparte de que me parezca una autoexclusión social, así que opté por esperar el verdadero amor, como dice una canción de Radiohead, “True Love Waits”. Me despido diciendo tiempo al tiempo. Mi carta no es más que un solo comentario, pero me enorgullece gritar por medios gráficos que SOY lo que SOY.
Un abrazo a todos.

strangers_roads@hotmail.com

3

Soy lo que soy, queridos **Soy**, como Esteban. Pero mucho mejor soy si conozco a más lectorxs de **Soy**. ¿Qué espera **Soy** para organizar una gran fiesta, reunión, congreso, happy hour, donde nos veamos las caras y todo lo que haya para verse?

Eduardo

4

Estimado Esteban:
Queríamos contarte que desde el Area Jóvenes de la CHA hace cinco años venimos construyendo el espacio del Grupo de Jóvenes, en el que nos reunimos todos los sábados por la tarde gays, lesbianas, trans y bisexuales para debatir sobre temas relacionados con nuestras sexualidades, discriminación, política, cultura, etcétera. También realizamos talleres de lectura y organizamos actividades públicas que tienen que ver con hacerles frente a las prácticas discriminatorias que nos marginan, que a su vez apuntan a reforzar la visibilidad positiva de nuestra comunidad.
Desde el Area y gracias a lxs amigxs del Grupo de Jóvenes también llevamos adelante la publicación del cuadernillo *Salí del Closet*, en la que se pueden encontrar herramientas para repensar nuestra sexualidad por fuera de los discursos que nos impone el heterosexismo.
Te invitamos a vos y a todxs a sumarte, a compartir nuestras vivencias, hacer amigxs y a aprender juntxs cómo cuidarnos, respetarnos y defendernos de las distintas expresiones de la discriminación.
Contactanos por mail a jovenes@cha.org.ar o sumate a nuestra lista de correo por la que nos mantenemos comunicadxs e informadxs de nuestras actividades: http://ar.groups.yahoo.com/group/jovenescha/. También podés saber más de nuestras actividades a través de nuestra página: www.cha.org.ar. ¡Lxs esperamos!

Luis De Grazia
Coordinador Area Jóvenes
Comunidad Homosexual Argentina (CHA)

El señor de las máscaras

A 60 años de la publicación de *Confesiones de una máscara*, el escritor japonés **Yukio Mishima** sigue causando esa incomodidad que produce lo ambiguo allí donde aparece, pero sobre todo en la sociedad japonesa. La obra que desenmascara su propia homosexualidad en el contexto de una sociedad machista también pone en evidencia su fascinación por la belleza y por la muerte.

texto **Alberto Silva**

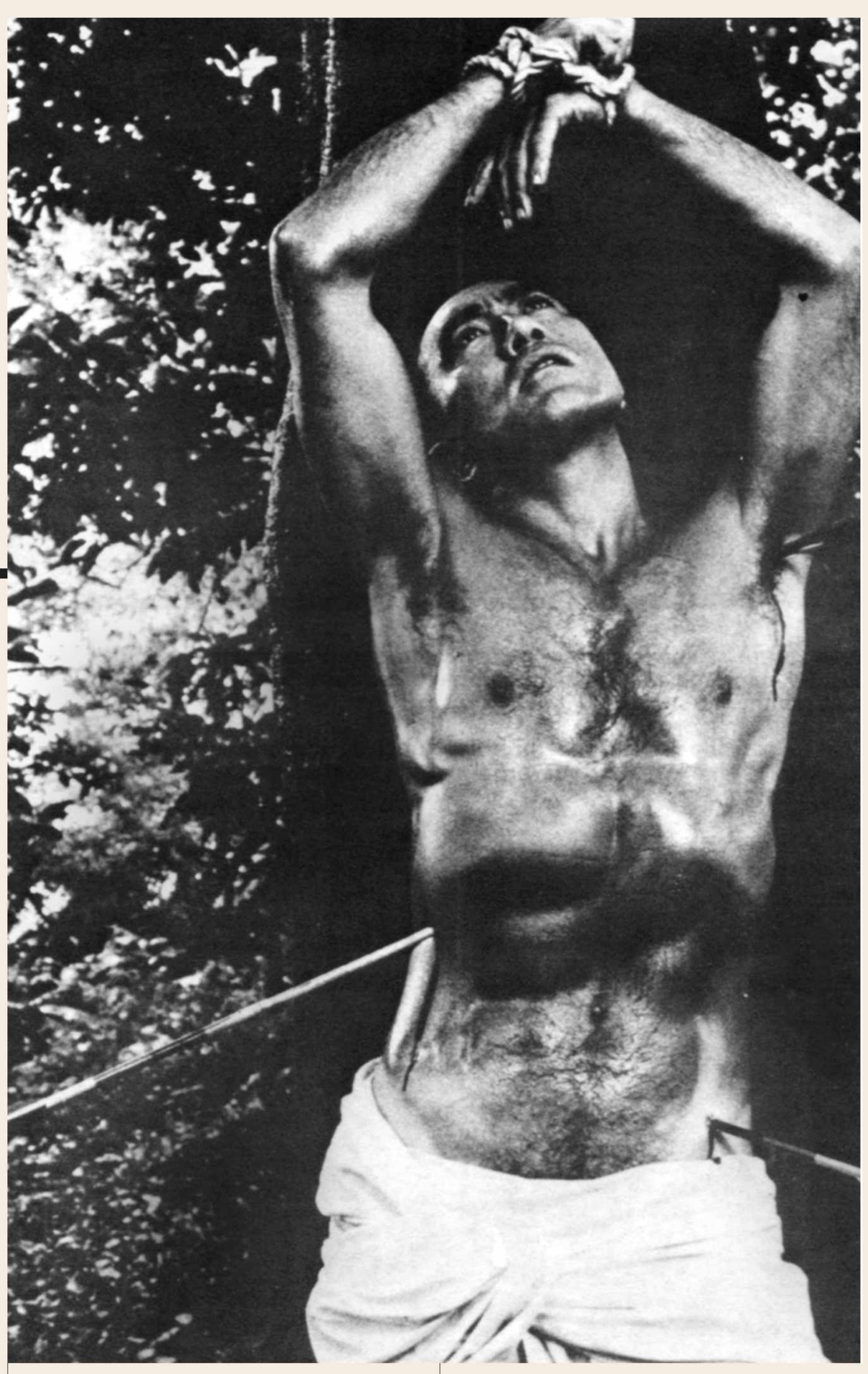
Escándalo de la ambigüedad

A comienzos del siglo XXI, la obra de Mishima sigue escenificando, como pocas, el intríngulis moderno nipón: dos almas, oriental y norteamericana, reunidas en equilibrio impermanente.
Mishima certifica la contigüidad del agua y el aceite, condenados a compartir recipiente sin conseguir alearse, ni alejarse. El gesto vital de Mishima repite uno típico de Japón: labrar su identidad apoyándose en principios culturales antitéticos: tradición y modernidad; perennidad de lo natural y fugacidad del artificio tecnológico. Como devolución, y sin que nadie lo deseara o premeditara, la cultura japonesa se condensa en la vida sintomática del escritor Kimitake Hiraoka (conocido por Yukio Mishima): lentitud y aceleración; Eros y Tánatos; y en su caso, hétero y homosexualidad.
Mishima hizo que afloraran antiguas fantasías de millones de compatriotas suyos. ¿Por qué, entonces, cosechó tanto rechazo? Es que todo eso Yukio quiso hacerlo explícito, público, querible en/por sus contradicciones y, como si fuera poco, argamasa de una estética nueva, mestiza. Al punto de ser tomado como provocador, como perverso.
Mishima dio carta de ciudadanía a algo genuinamente japonés: la ambigüedad como sentimiento básico (y trágico) de la vida, aplicable no sólo a la sexualidad sino a los demás tramos de experiencia: religión, modo de vida, afiliaciones políticas y estéticas, arraigo en el terruño. Ahora bien, la ambigüedad suele llevar al equívoco y eso no deja de avergonzar a los nipones. Han buscado soterrarla, silenciarla, bajo capas y siglos de convencionalismos, eufemismos, falsos argumentos y erudición vana. A base de sigilo, esta sociedad elude el sufrimiento de enfrentar algo que sabe propio, pero cuyo fondo no entiende: finge que su sistema cultural cierra, incluso mientras vuela hecho pedazos; argumenta claridad, incluso cuando imperan los velos y las sombras. Mishima fue quien destapó en la posguerra la caja de Pandora de las ambigüedades de su patria. Las hizo explícitas, aunque sin buscar resolverlas, ya que para él no había nada que resolver (sólo bastante que asumir). La reacción de muchos lectores ha sido, sigue siendo, escandalizarse por la completa libertad de expresión de quien igualmente consideran representante conspicuo, eso sí trasmutado de a poco (quizá por su descaro) en antihéroe nipón por excelencia. Mishima y el arte de Mishima funcionan como conciencia turbia de la sociedad nipona, y hasta como una pesadilla de la que pocos aceptan hoy hacerse cargo. En 2009 se celebran sesenta años de la publicación de *Confesiones de una máscara.* ¡Que lo recuerden si quieren en el extranjero!, parecieran decir con su actitud. Porque en Japón la gente ni se entera.

Construcción social de la diversidad

Es dramático imaginar a un niño criado entre (y contra) dos mujeres poderosas que se lo disputan abiertamente. La madre, Shizue, acabaría siendo lectora y paño de lágrimas del escritor hasta el último día. Sin embargo, recién empezó a ejercer su rol cuando su hijo cumplió doce años. Natsu, suegra de Shizue, compartía el condominio ejerciendo poder sobre la prole (moraba con su nieto en un pabellón anexo). El chico fue el preferido de una abuela egoísta e histérica, es cierto, pero culta como pocos. Cuando el niño retornó a casa de sus padres, llevaba años afianzando, de mano de la abuela, el modelo que lo caracterizaría: frecuentación del teatro kabuki y noh, lectura asidua de clásicos chinos y nipones, así como escritura diaria, lo que en Japón significa arte caligráfico y a la vez confección de poemas. Al fin, Shizue sucedió a Natsu. Por determinismo biológico, claro. Pero también porque aceptó para su hijo la rica herencia de la odiada suegra, instilada en la obra del escritor en ciernes. Así, fueron dos las mujeres de la vida de Hiraoka. Las demás, hija y esposa, no alcanzarían tanta preeminencia.
Atrapado entre dos mujeres, el niño no dejó de ser un solitario (veía poco a sus hermanos). Además se crió como una niña. Cuenta Shizue: Natsu “pensaba que los niños eran compañeros de juego peligrosos; las únicas amistades que le permitía eran tres niñas mayores”. En éste y otros temas, las disputas entre madre y abuela eran tan terribles que el jovencito tuvo que aprender a desdoblarse por completo. Muñecas, casitas y origami bajo la filosa mirada de Natsu; coches, trenes o escopetas con su hermano. Y en su infancia recluida en un cuarto, tiempos muertos delante del gramófono escuchando enka (canción tradicional femenina) y urdiendo (lo cuenta en *Confesiones de una máscara*) escenarios familiares destinados a ahorrar sufrimientos a su madre (desgraciada en maternidad y matrimonio) y a su abuela (desquiciada por múltiples achaques).
Inútiles intentos bipolares en el mismo soporte carnal, frágil y ya muy remecido.
Fue tomando forma un jovencito fuera de lo común. Fascinante por su precoz inteligencia y su hiperproductividad artística: entre

Mishima posa como San Sebastián en una foto tomada en 1966 por Kishin Shinoyama.



los 12 y 13 años, publicó sus primeros poemas y relatos; a los 15, fundó *Cuadros Rojos*, diario literario de Gakushu-in (la Escuela de Nobles) y ya era miembro de la junta editorial de la Escuela del Abedul Blanco, club literario con cien años de historia; a los 19 , era un autor editado y sin duda monstruoso (por las mismas razones). Esta contradictoria apreciación sería de por vida la de sus lectores, innumerables, la de sus compatriotas y por supuesto la suya propia. Terror asombrado al descubrirse no sólo un genio sino, además y sobre todo, un raro.

Homosexualidad, belleza y sacrificio

Las perplejidades juveniles de Mishima lindaron con la dupla masculino/femenino. El joven adquirió temprana conciencia de una condición que le inquietaba. No dejaría de tematizarla el resto de su vida. Verse y ser visto como mezcla de extrema delicadeza (en su diminuta corporalidad amanerada) y de ensañada ferocidad (a juzgar por su implacable y espartano acometimiento de proyectos e ideales, rasgo esta vez heredado de su padre). En tal contexto, ¿qué podía significar para Mishima sentirse homosexual? Un asunto bastante complejo.
Desde el punto de vista cultural, la machista sociedad japonesa no ha generado una tradición que condene por principio la homosexualidad. En medios cercanos a la ética samurai (como el de los Hiraoka), la homosexualidad era tenida como posible vía ortodoxa del guerrero. Además, en un hogar tan aficionado al kabuki, todos sabían que los roles femeninos han de ser ejecutados por hombres, dentro y fuera de la escena: de allí procede la perspicacia de Mishima para ponerse en el pellejo de sus personajes femeninos (la explicación podría extenderse a otros genios modernos tenidos por heterosexuales, como Tanizaki o Kawabata). En fin, la frecuentación de antiguos monogatari (relatos, historias) acostumbra al lector japonés a navegar por torrentes genéricos poco y mal establecidos, dejando en penumbra la delimitación psicológica de los *characters*, a merced de circunstancias y eventos azarosos, moviéndose en ámbitos difíciles de ceñir, pero que igual marcan la existencia. La cultura japonesa no plantea una determinación taxativa o definitiva de la oposición homo/hétero/sexualidad (ésta no es tema, como lo ha sido en Occidente; en todo caso, el tema es igualmente la bisexualidad); sólo la elaboración cultural de mecanismos de atenuación de fronteras (las cuales incluyen al género, por supuesto, pero sin que éste agote el asunto, ya que de lo que en el fondo se trata es de atenuar el yo, la personalidad, en línea con la impronta budista propia de un hogar culto). En una cultura como la occidental, Mishima hubiera tenido que dar explicaciones u ocultarse. Por contra, su contexto nativo lo favorecía en un plano personal, dándole los permisos necesarios, al precio de acentuar la detección y comprensión de su entraña profunda, habilidad que Mishima acabó desarrollando. A fuerza de ocultar sus sentimientos, a edad temprana creó una alternativa a la que se acogía cuando estaba solo: corregir el ingrato escenario social hasta volverlo acorde con sus fantasías. Kimitake levantó formidables defensas contra el exterior. Lo logró al punto de desarrollar un riquísimo mundo interior paralelo, donde la escritura satisfacía lo que el ambiente familiar le negaba. El ocio liberaba y exacerbaba sus ansias y su sensualidad, mientras la febril escritura de poemas y ensayos lo adiestraba



Mishima se dirige a los soldados de las Jietai desde el balcón del cuartel central del ejercito oriental pocos minutos antes de morir.

La estrella se transformó en personaje público, el más publicado, visitado y comentado de Japón. Se sentía en condiciones de fabricar nuevas máscaras de su persona, dotándolas de dosis acrecidas de ambigüedad. Combinaba la búsqueda diurna de respetabilidad (que lo llevó a elegir esposa entre numerosas candidatas, convocadas mediante aviso en el periódico) con desacatos vespertinos en bares de homosexuales de la zona de Roppongi (eso sí: sin consumir alcohol y dejando la jarana puntualmente para recluirse en el escritorio de su casa).

en los ardides necesarios para disfrazar su deseo. En el relato "Flores de Acedera" (13 años), se perfila el modelo que empujaría (y aterraría) a Mishima durante toda su vida. De una parte, "el abrazo" erótico y homosexual del niño bailando con cierto presidiario encontrado en un bosque nocturno y desolado. Después, el éxtasis ante el rostro aterrador de la belleza, a la que en otro relato juvenil identifica (con rara lucidez) como "un caballo desbocado" que no obedece riendas y que, como "el río del deseo", quiere hundirse en el mar. Para Mishima, la experiencia de la belleza es numinosa e incluye cuotas de sufrimiento, como el que una y otra vez contempla (con arrobo) en el San Sebastián asaeteado del grabado de Guido Reni, colgado en su habitación en vez del previsible kakemono (rollo colgante que preside la sala). La cumbre del sufrimiento no es otra que el éxtasis de la muerte, la cual advendrá cuando el torrente del ansia lo arrastre hasta el final, sumiéndolo en el océano, metáfora frecuente en sus novelas. Lo que Mishima ocultaba/desarrollaba en su escritura (la de la niñez, luego la adulta) no era sólo su homosexualidad latente sino, también, una identificación del éxtasis (a un tiempo erótico y estético) con la muerte (a la par sufriente y liberadora). Hasta *Confesiones de una máscara* éstas eran lucubraciones de escritor novel (de tendencia romántica). Con los años se transformaría en proyecto de convertir toda su vida en obra de arte, a ser realizada en/por una muerte sacrificial. Esta novela, que lo lanzó a la fama, tal vez desenmascara su homosexualidad (en eso constituiría el final de un proceso). Pero sobre todo confiesa su fascinación masoquista por la belleza del sufrimiento y de la muerte (iniciando un proceso que culminaría con su inmolación, en 1970).

Alias Mishima

Así fue: *Confesiones...* convirtió a Mishima en estrella a los 24 años. No dejaría de brillar hasta su muerte, veinte años después. Resuelto a convertir su persona en personaje, afirmó su nombre de escritor (adoptado en los años '40 para eludir a un padre empeñado en hacerlo funcionario). Centró todo el esfuerzo en identificarse con la ficción que había soñado desde niño y que acabó firmando al pie de cada manuscrito. Lo primero era dedicarse por entero a la escritura: cada noche, de las doce a las seis, durante décadas, Mishima escribió encarnizadamente, sin que fiestas, vacaciones, actuación, compromisos, el cansancio, la política o las enfermedades lo apartaran de un empeño invariable. Su producción asombra por la abundancia y la puntualidad: una novela al año a partir de 1947; una obra teatral larga anual desde 1953 (además de adaptaciones y obras en un acto); cada año una novela por entregas, desde 1950; quince películas basadas en obras suyas; sin olvidar numerosos diarios, alguna poesía, traducciones, ocho piezas de kabuki en lenguaje clásico y hasta un ballet tardío, *Miranda*, casi al acabar sus días. Igual que en los demás aspectos, se aprecia en la escritura de Mishima un completo desdoblamiento: novelas rosas para el fantasma de amiguitas ya crecidas, novelas serias para público de horma más aguerrida. Punto de encuentro: la mente incansable de Mishima y su "sed de amor" (afán por ser amado).

La estrella se transformó en personaje público, el más publicado, visitado y comentado de Japón. Se sentía en condiciones de fabricar nuevas máscaras de su persona, dotándolas de dosis acrecidas de ambigüedad. Combinaba la búsqueda diurna de respetabilidad (que lo llevó a elegir esposa entre numerosas candidatas, convocadas mediante aviso en el periódico) con desacatos vespertinos en bares de homosexuales de la zona de Roppongi (eso sí: sin consumir alcohol y dejando la jarana puntualmente para recluirse en el escritorio de su casa). Lazo de unión entre ambos mundos: Yoko Sugiyama, elegida esposa tras largo casting. Nunca fue mera pantalla de la vida irregular del esposo. Yoko estaba al tanto de lo que todos sabían. Actuó de veras como nítida mujer de un hombre ambiguo, en el lecho y en la maternidad. Fue la presencia que él mismo impuso para sus encuentros sociales y editoriales, su compañera de viaje. Donde estaba Mishima, estaba Yoko (salvo en los bares). Más desconcertaba al público el insaciable eclecticismo del escritor. Se apoyaba en lecturas de Rilke y de Proust, de Wilde, Radiguet, Cocteau y otros occidentales, al principio frecuentados a escondidas de su familia, luego aludidos aunque con la ausencia de explicaciones de Mishima a su público. Donde sí fue explícito hasta el exhibicionismo fue en el modo de concebir, para él y familia, una casa mestiza, mezcla de austeridad imperial (como el palacio de Katsura, en Kioto) y de confort de imaginaria villa californiana. Buscaba nada menos que fundir a Oriente con Occidente. La planta baja demuestra que, para Mishima, Occidente era el barroco tardío, los colores chillones, las esculturas del Renacimiento, los muebles rococó, entre los cuales Yukio circulaba en jeans y camisa hawaiana saludando a invitados. En los pisos, la cosa se ponía más japonesa: Mishima escribía en su despacho vestido de yukata (fino kimono de algodón), al igual que su familia. El domicilio de Mishima, frecuentemente fotografiado, muestra la mezcla estrafalaria de elementos característica de su dueño. De Oriente hacia Occidente, un estrecho



Mishima con una hachimaki (vincha) donde puede leerse un lema samurai medieval: shichisho hokoku (servir a la nación durante siete vidas).

pasadizo ascendente, en forma de escalera de caracol: mármoles de Carrara con impostaciones de artesanía local.

"Embutido de ángel y de bestia": el verso de Nicanor Parra se aplica a este tokiota de voluntaria vida breve (1925-1970). De tan japonesa que fue, la mera evocación de la existencia de Mishima resulta difícil de aceptar en el archipiélago: muchos lo perciben cercano, pero no lo comprenden. En los hechos, se afanan por silenciar y dejar de lado la obra de un visionario a pesar suyo, alguien que personifica el oxímoron de quienes, en Japón, no se conforman con "ser imbéciles y tener un empleo", según definía Gottfried Benn cierta búsqueda engañosa de felicidad. Ya durante su vida, la postura y el arte de Mishima enfrentaron fuertes resistencias. Hoy su figura sigue concitando un índice elevado de rechazo.

Conviene entender el asunto. ¿No era Mishima, como tantos compatriotas, un conservador reaccionario? Sin duda, pero lo fue hasta cierta exacerbación final, juzgada pretenciosa, del emperador, figura propuesta como fundamento cultural de una nación alicaída tras la guerra. ¿No cultivaba, con estilo que le siguen admirando, las más preciadas tradiciones literarias y escénicas del país? Lo hizo sin descanso, aunque hurgando en los fundillos del noh, el kabuki y los monogatari de forma tan intrigante que deja sin resuello a los imitadores. ¿Acaso no compartía la fascinación nacional por la cultura popular urbana de los Estados Unidos de posguerra? Claro que sí, sólo que la llevó al paroxismo de la imitación y al vértigo del pastiche, adoptando poses groseras y atuendos de cowboy, gangster o boxeador de película de trasnoche o lugar de alterne. ¿No vivía, como ciertos héroes nipones, en un contexto de ambigüedad y relativa indeterminación sexual? Incluso cuando hizo notar su homosexualidad, Mishima no dejó de ser un bisexual confuso y contradictorio, como no faltan en Japón. Llevó las cosas al extremo de mostrar estupor sin ambages ante su compleja condición. ¿No labró finalmente con su obra un compromiso estético con la destrucción y la muerte? Nada más afín a la tradición samurai, reeditada (con aplauso unánime) por los pilotos kamikaze de la Segunda Guerra... sólo que sometida por Mishima a una nueva dramatización, en 1970, en forma de seppuku (suicidio ritual) imposible de asumir para quienes lo rodeaban.

Con el paso de los años, y para creciente incomodidad ajena, Mishima difuminó la ya borrosa frontera entre su vida y su obra, preparando poco a poco las condiciones para pasar a ser, él mismo en persona, el objeto perfecto que buscaba. La obra de arte que libro a libro anunciaba sería de corte dramático, una en que con sangre acabaría derramando de forma irrebatible su propia vida. Mishima ansiaba descubrirse vivo en el momento mismo de morir: creía que el momento de la muerte es el instante de máxima comprensión de la propia existencia. Quien pierde la vida, la ganará, dice un Evangelio que conocía. Dado que las circunstancias hacían imposible cualquier final heroico (kirijini: muerte en combate), acabó limitándose al suicidio ritual, aunque dotándolo de un contexto escenográfico patriotero y marcial. En otoño de 1970 se abrió el vientre (harakiri: del vientre a la derecha) en un cuartel tomado por sorpresa, al mando de una centuria de civiles ultraderechistas que hubiesen querido morir por el emperador, tan alocadamente como él. Solo en el trance de la muerte, Mishima queda igualmente aislado e irrepetible en la memoria de su pueblo, para quien sigue siendo objeto de atracción y de repulsa. ¿Demasiado japonés para los japoneses? ●

www.traducirjapon.blogspot.com

tapa: Alejandro Ros

Con los tapones de plata

En *Eróticas de la disidencia en América latina. Brasil, siglos XVII al XX*, **Carlos Figari** se sumerge en el frondoso imaginario de la medicina que supo robar el binomio sodomita/hereje tanto a la ley como a la Iglesia para convertirlo en objeto de investigación y, por qué no, brindar curas estrafalarias.

texto **Patricio Lennard** foto **Sebastián Freire**

¿Cómo se te ocurrió, siendo argentino, escribir un libro que podría ser pensado como una historia de la homosexualidad en Brasil?

—En 1999 fui becado a Río de Janeiro a hacer un posgrado en sociología y consideré que debía trabajar un tema que contribuyera a la discusión en ese país. Algo que noté de entrada fue que en el ámbito universitario, a excepción de algunos departamentos de Letras, casi no había gente que estuviera trabajando en las ciencias sociales desde una perspectiva queer. Por eso me propuse realizar un estudio genealógico más que una "historia", porque precisamente se trata de desmontar la idea de que exista una historia de la homosexualidad, en la medida en que no se puede decir que haya una continuidad necesaria entre el delito de sodomía, considerado una herejía en la época de la Colonia, y la aparición de la figura del homosexual en el discurso médico a fines del siglo XIX. De hecho, los argentinos siempre hemos realizado estudios en Brasil. Néstor Perlongher (y no porque me compare) produce la primera tesis en Brasil sobre un tema específicamente relacionado con la homosexualidad. Una tesis muy pionera para la época (mediados de los años '80), que luego se transformó en su libro *La prostitución masculina*. En mi caso, el libro primero fue publicado allá y podría decirse que lo escribí en portuñol. Por lo que tuve que traducirlo bien al portugués y bien al español.

El espectro temporal no puede ser más amplio: el libro tiene como punto de partida el período precolonial y llega hasta el presente. Y al comienzo hay varias historias que te sirven para ilustrar cómo el "pecado nefando" de la homosexualidad aparece en la voz de los cronistas portugueses. ¿De qué modo homosexualidad y negritud se entremezclan en esos relatos?

—El elemento humano que va a configurar el Brasil moderno provenía, por un lado, de Portugal (eran minoría los portugueses, pero detentaban el poder), y de los pueblos originarios y de los esclavos negros del Africa, por el otro. En esa época, la esclavitud marcaba muy fuertemente las relaciones sociales, y entre ellas las relaciones eróticas. La esclavitud habilitaba un uso indiscriminado de los cuerpos. Así como el esclavo era considerado una mercancía, una fuerza de trabajo que requería costos mínimos de mantenimiento, también existía la posibilidad de hacer con esos cuerpos lo que se quisiera. De ahí que se hayan cometido muchos excesos, incluso en el campo erótico.

Algo interesante que marcás es cómo la sodomía, al igual que otras "abyecciones" ya conocidas en Occidente, eran de alguna forma negadas por esos cronistas para ser redescubiertas como algo exótico, como una cualidad negativa más de "los salvajes".

—Hay crónicas que hablan de una reina de Angola, llamada Jinga-Mbandi Nigola, que reinó a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, que bien podía ser vista como el colmo de la "otredad": no sólo practicaba la antropofagia y el infanticidio, sino que también asumía las funciones masculinas de mando vistiéndose de hombre, y vivía rodeada de un harem de jóvenes a los que obligaba a vestirse de mujeres, lo que la convertía, a su vez, en polígama. Ahora bien: es llamativo cómo son permeables los atributos de abyección, porque del mismo modo en que los cronistas portugueses podían conectar sodomía, indígenas y negritud para construir una "otredad" en el período colonial, en la modernidad va a pasar algo parecido con los negros, los inmigrantes, los homosexuales y los delincuentes. En este momento estoy haciendo una investigación que gira en torno de la figura del homosexual en el discurso médico en la Argentina entre 1880 y 1940, y justamente el otro día leía la historia del Petiso Orejudo, quien a principios del siglo XX fue responsable de la muerte de cuatro niños y de siete intentos de asesinato. El Petiso Orejudo, además de ser un delincuente, un criminal nato, hablaba una especie de calabrés, porque era hijo de inmigrantes, y era invertido pasivo. ¡Tenía todas las taras! Y su figura es presentada como un caso paradigmático en un momento en que muchos creían que los inmigrantes venían a traernos las lacras que los criollos no tenían.

¿Qué fue lo que más te llamó la atención de los discursos médicos que revisaste y que abordan el homoerotismo?

—Los discursos médicos, tanto en Brasil como en la Argentina, siguen un mismo patrón: se entroncan, aun con sus particularidades históricas, con los procesos de organización nacional de las repúblicas latinoamericanas. Brasil fue uno de los últimos



países del mundo en abolir la esclavitud, en 1888. Y caída la esclavitud en Brasil, se empieza a buscar la manera de controlar a los libertos y a los inmigrantes, quienes en esa época empezaban a llegar en masa al igual que a la Argentina. Así, el discurso médico, aliado con el poder estatal, configura a la nación como un cuerpo, y es a partir de esa metáfora organicista que se intenta ver cuáles son las enfermedades sociales y los seres que producen disrupciones en ese organismo. En el caso de los sodomitas, se los pasa a ver como seres que nacen y mueren con esa perversión, y su deseo es fijado como una identidad. Se les da caracteres de todo tipo, algunos muy imaginativos e insólitos. De algunos invertidos —o uranistas, como también se los llamaba— se dice que tienen orejas con forma de ala, ginecomastias, y otros estigmas físicos. De los negros se dice que su cavidad craneana es más pequeña que la de los blancos, de lo que se deduce una menor inteligencia, lo que es un modo de seguir justificando la desigualdad y el sometimiento racial. Pero algo que llama la atención es cómo algunos médicos se apropian de una estilística literaria para abordar los casos, exponiéndolos como si fueran cuentos.

¿Por ejemplo?

—Hay quienes se ven desbordados en su imaginación, como un médico que sostiene que tanto las prostitutas como los homosexuales tienen el ano constantemente dilatado por mantener sexo por vía anal, lo que les traería aparejado problemas de incontinencia. Ante lo cual prescribe una solución, que es usar tapones: de trapo o de estopa para los más pobres, y de plata para los invertidos de clases acomodadas y para las prostitutas de lujo... ¡Y eso está asentado en un acta médica!

Inventaban la enfermedad y el remedio, buen negocio...

—Incluso hay casos de experimentación (no tanto en Brasil, pero sí en la Argentina) basados en la idea de que la inversión se debía a un mal funcionamiento de las glándulas de secreción, lo que en el caso de la inversión masculina suponía un mal funcionamiento testicular, y en el caso de la inversión femenina, un mal funcionamiento ovárico. De ahí que una de las terapéuticas, entre muchas, implicara realizarle al enfermo un trasplante testicular, creyendo que si se le injertaba un testículo de un sujeto heterosexual, empezaría a producir hormonas "correctas" y así podría curarse. Casos que por supuesto no tenían ninguna constatación empírica, tal como lo exigiríamos hoy de cualquier estudio médico.

El carnaval, tantas veces asociado con el travestismo, es otro de los ejes de tu libro. ¿Qué papel dirías que ha jugado en la circulación social del deseo homoerótico?

—Yo tengo un problema con la centralización del carnaval en Brasil, porque muchos de los estudios extranjeros que se han hecho centran su visión en el tropicalismo y en lo exótico del carnaval, y para mí eso es complicado de sostener. El carnaval sí es importante en Brasil, nadie lo duda, pero también me parece que juega un papel acotado con respecto a estos temas. Tradicionalmente el carnaval ha sido un ámbito de socialización homoerótica, y siempre constituyó un espacio que ha habilitado expresiones del homoerotismo que no se podían dar en otros espacios. Uno podía salir vestido de mujer en carnaval, pero no fuera de ese contexto. En este sentido, el carnaval permite una parodización del otro, porque cuando los heterosexuales se visten de mujer no están haciendo un acto de subversión sino todo lo contrario: están reafirmando su carácter heterosexual mediante la burla del otro. Y así como tenés el carnaval en Brasil, tenés playas y bares gays donde podés besarte, pero cuidado con correrte cincuenta centímetros de tu lugar, eh. Me parece que eso también habla del carnaval y de una sociedad que se permite esos tres días de jolgorio, pero que es muy represiva el resto del tiempo.

Sin embargo, la última marcha del orgullo reunió en San Pablo a más de 3 millones de personas...

—La marcha me encanta, estoy de acuerdo, voy y participo, pero el fenómeno de San Pablo me deja perplejo. Quizá sea la mayor movilización política, no sólo de Brasil sino del mundo. ¿Quién junta 3 millones de personas hoy en día? Y sin embargo, esa movilización no consigue ver plasmados determinados reclamos institucionales. ¿Cómo una marcha de semejante masividad no consiguió todavía, en ninguna ciudad de Brasil, derechos para las personas Glttbi que sí se han conseguido en otros países de Latinoamérica? Esta marcha se ha carnavalizado, se ha ido reduciendo a lo festivo, como si se tratara de una Disneylandia gay en la que casi no hay lugar para la protesta. ●

El grito de Gloria

Hace treinta años, **Gloria Gaynor** regalaba al mundo una de las canciones más célebres de todos los tiempos, "I will survive". Destinada a atravesar todas las fronteras, bien pronto fue adoptada como himno de resistencia y la causa de las locas encontró en esas palabras de resentimiento amoroso una forma de colocarse ante la hostilidad del mundo.

texto **Daniel Link**

Clases

¿Qué es una "buena canción"? ¿Son la música o los versos, las intenciones o los sobreentendidos los que determinan el éxito de una canción, cuando éste se da más allá de las generaciones y las fronteras culturales? Habrá tantas respuestas como sujetos sociales se supongan e, incluso, podría invertirse esa convicción para decir que habrá tantos sujetos como respuestas a esas preguntas puedan darse.

Hay personas que, atadas vagamente al paradigma de la música culta, suponen que una "buena canción" está ligada con las melodías, los arreglos, las armonías y los ritornellos, están los que lo apuestan todo al sentido de unos versos y a su potencia para arrastrarnos hacia entretelas del alma nuestra que desconocíamos, y están los que sólo se rendirán ante la capacidad, si no de producir identidad, al menos de generar un vínculo de reconocimiento, un tenue lazo de comunidad (emocional, como no puede ser de otra manera tratándose del universo pop, nuestro universo).

Es probable que una buena canción necesite un poco de cada una de esas propiedades e incluso más: una versión primera, una voz que la sostenga, un cuerpo que le dé sentido. "I will survive" es el ejemplo más a mano que tenemos y el más misterioso.

Estratos

Considerada separadamente en sus diferentes capas, "I will survive" no podría superar ninguna prueba. La volvió famosa hace treinta años Gloria Gaynor, una estrella por entonces secundaria de la música disco que desde "Never can say goodbye" (1974) no había logrado otro suceso semejante. Una música de pobres con aspiraciones, como la misma cantante habría de reconocer: "Era un momento de recesión y la gente necesitaba liberarse de los problemas y del estrés. No había dinero, y por eso prosperaron las discotecas".

La melodía de "I will survive" es pegadiza y, por lo mismo, un poco insoportable. No en vano es la canción de karaoke número uno en todo el mundo. Y karaoke es, no para uno, sino para la industria musical en su núcleo más duro (piénsese en Simon Cowell, jurado de *American Idol*), un insulto a la musicalidad. Una canción que todo el mundo quiere y puede cantar (y que se tolera en situación de karaoke) debe de ser en algún sentido responsable o cómplice de semejante aniquilación de la música.

Los versos de la canción (que en nada se diferencia del más patético de los boleros) son de una sintaxis totalmente descalabrada y podrían traducirse como el siguiente relato: "Al principio me había quedado de piedra y en estado de parálisis pensando que ya jamás volvería a tenerte a mi lado. Pero fueron tantas las noches que pasé pensando en el daño que me habías hecho que me fortalecí y aprendí a seguir con mi vida. ¿Y ahora se te ocurre volver? ¡Debería haberme cambiado este look idiota! ¡Debería haber hecho que me devolvieras las llaves! Rajá de acá, no te necesito. ¿Pensaste que iba a extrañarte hasta la muerte? No, no, chiquito, yo voy a sobrevivir mientras sepa amar. Ya pasé tantas noches atormentándome, llorando, juntando los pedazos de mi corazón destrozado que ahora puedo mantener la cabeza bien alta (fijate si habré cambiado) y guardar mi amor para alguien que me ame".

O sea, un puro rencor vivo. ¿Sirven esas palabras como círculo mágico de reconocimiento, como lazo comunitario de algún tipo? ¿Para quiénes?

Círculos

"I will survive" fue concebida por Dino Fekaris y Freddie Perren y la discográfica la destinó a la cara B de un single que habría de grabar en 1978 Gloria Gaynor (New Jersey, 1949), quien abrazaría (como Beatriz Salomón) la fe evangélica en 1982.

En 1979 Polydor comprobó la arrasadora predilección del público por esa historia particular de la infamia que obtendría en 1980 el Grammy a la Mejor Canción Disco (lo que no quiere decir mucho, salvo para quienes vivieron con intensidad ese año musical) y que, con el tiempo, llegaría a formar parte de la banda sonora de más de cincuenta películas y que conocería más de doscientas versiones, incluida la que Almodóvar (*Atame*, 1987) volvería famosa en el mercado de la lengua castellana, "Resistiré" (en una versión del Dúo Dinámico que no guarda sino una vaga semejanza con el original), y también la espantosa recreación de Celia Cruz, que sigue más fielmente la melodía pero trastorna totalmente el sentido: "Yo viviré, ahí estaré/ mientras pase una comparsa/ con mi rumba cantaré/ seré siempre lo que fui/ con mi azúcar para ti/ Yo viviré, yo viviré".

¿Quiénes se reconocen en "I will survive", quiénes la consideran una "buena canción"? Todos, podríamos decir: desde la adolescente pálida a la que nadie invitará al baile de graduación en un remoto pueblo de los Estados Unidos, hasta la peluquera del conurbano bonaerense a la que alguna madrugada le robaron todo cuando bajó del colectivo. Se dice, incluso, que la canción es uno de los himnos obligados de la causa de las locas, las desclasadas, las perseguidas, las malqueridas, las que pese a todo afirmarán el derecho a la existencia en contra de la adversidad, el rechazo y el estigma.

Lazos

"Resistiré" lleva "I will survive" hacia "el aguante". Potencia, podría decirse, el rencor (la llaga viva) en grito de protesta (en arma): esos dos polos forman parte indisoluble del original, lo que justifica la pandemia, así en Studio 54, la mítica discoteca que la puso a

circular por el mundo, como en la fiesta de casamiento de la novia egipcia. Sobreviviré. Voy a ser capaz de reponerme a todas las adversidades (especialmente: tu abandono). No es raro que Gloria Gaynor haya interpretado su encuentro con esa canción que le cambiaría la vida como una llamada mesiánica ("Dios me usó para mandar el mensaje de 'I will survive'").

Una vez, tuve la dicha de escuchar a un coro que había reservado para el bis (porque a la directora del ensemble le habían pedido que se abstuviera de incluirla en el repertorio) "Resistiré". Después de la presentación me enteré de que ese coro había sido formado con las voces rechazadas de todos los demás (la circunstancia se notaba). De modo que "Resistiré" o "I will survive" (para el caso son lo mismo) funcionaban como el lazo que unía lo desunido, la comunidad de los que no tienen comunidad, el reconocimiento de quienes sólo pueden reconocerse a partir del rechazo de los otros, el grito de los que fueron condenados al silencio.

Para celebrar el trigésimo aniversario de su hit, Gloria Gaynor lanza ahora una versión digital remasterizada de la canción, tanto en inglés como en español, además de una balada nueva ("He Gave Me Life, I Will Survive"). El CD con las tres canciones podrá adquirirse en www.gloriagaynor.com.



GLTTBI

Esa iglesia no, la otra

texto **Mariana Docampo**

Nos sentamos con Julio a mirar Copenhague desde la mesita de un bar. La gente seguía de fiesta. Se oían los ecos del cierre de los Juegos provenientes del City Hall. Charlamos sobre Buenos Aires, sobre nuestros amores, las impresiones del viaje y decidimos dar una última vuelta por la ciudad antes de regresar a la casa. La gente estaba contenta, reía y bailaba en la calle disfrutando del calor, y tomaba cerveza. Había varios bares con sillas y mesas en la vereda, y la embriaguez alargaba la noche. En una pantalla grande, frente a una fuente, se proyectaban imágenes de las actividades que se habían sucedido esa semana en los Outgames. De pronto desembocamos por una callecita frente a la Catedral de Copenhague. Las enormes columnas estaban envueltas con grandes telas, cada una de un color diferente. Entre todas formaban la bandera del arco iris. Fue un impacto. Subimos las escalinatas y a un costado vimos dos recipientes con tarjetones. Leímos en uno de ellos que la iglesia formaba parte de las actividades de los Juegos. Nos miramos y nos reímos, nos dio alegría y asombro. Advertí que a diferencia de las iglesias católicas, abundantes en imágenes de dolor, las iglesias protestantes poseen una decoración sobria. Fue la segunda vez que entré en una de ellas. La anterior había sido dos semanas antes, en Inglaterra. Una alumna había alquilado un templo para que le diera clases privadas de tango. Era una pequeña construcción del siglo XIX hundida en el microcentro de Londres, entre rascacielos imponentes y bancos macizos. Le di la clase sobre los suelos de mármol, con la música de un grabadorcito que habíamos enchufado detrás de una columna, y todo sucedió con tranquilidad a pesar de mi extrañeza. Y ahora estábamos con Julio en la Catedral de Copenhague celebrando los Outgames. La iglesia ofrecía dos tipos de actividades para los juegos, que se repetían cada día: la bendición de parejas Glttbi y conciertos de música. Esa noche era uno de los conciertos y sobre el cielorraso vimos proyectadas imágenes abstractas de intensos colores que iban cambiando a cada rato. La música era bella. El canto de una mujer se oía en todas partes, calmo y refinado, y un teclado electrónico acompañaba la voz. Era una melodía pacífica, sin estridencias emocionales. A cada lado había una hilera de bancos y en la punta de cada uno, una lámpara con forma de gota. En el centro del pasillo habían puesto una mesa con velitas y un recipiente de vidrio lleno de papeles. Sobre el mantel había una birome para escribir deseos. Varias parejas de gays y de lesbianas se fueron sentando entre murmullos a los costados, con gestos respetuosos. Yo miré a Julio y le sonreí. Con un gesto pausado e íntimo me acerqué a la mesita y encendí una vela. Pedí por el amor y por la libertad.

ESTILARIO

texto
Raúl Trujillo
foto
Sebastián Freire

Estela Garelli

Es actriz del espectáculo *Es inevitable* www.esinevitable.es



Rubia oro con aire de tana alpina, Estela nos regala una **misteriosa** sonrisa "Mona Lisa", que pareciera saber algo que nosotros no.

Una mirada veloz diría que es un catsuit negro, pero si observamos con detalle bien podrían ser unas calzas, unos largos guantes y una bufanda. Igual luce la silueta femenina y resalta el diseño azulado de la gráfica de arte **óptico** que pareciera cinético al convertirse por momentos en segunda piel que se distorsiona al andar.

Vestido **casual** envolvente, popular desde 1973 cuando su creadora Diane von Fürstenberg —la mejor anfitriona que tuvo el ambiente artístico del pop neoyorquino— le enseñó a la editora de *Vogue*, Diana Vreeland, la prenda que sería precursora del "wrap-dress". Ese mismo año fue invitada a participar en la semana de la moda de Nueva York.

Las botas de equitación de punta redondeada, taco plano y caña alta llevadas con calzas y vestidos cortos nos recuerdan la silueta de Juana de Arco **doncella**.

Lo que más me gusta de mi cuerpo...
la piel.

Si algo trato de esconder y cómo...
mi timidez, siendo firme en mi presencia.

Casi siempre me pongo...
Ropa cómoda y de acuerdo con mi estado de ánimo.

Nunca usaría, aunque me lo regalaran...
animal print.

AGENDA

agendasoy@gmail.com

Ronda nocturna

Festival. Underia Pop reúne a una buena cantidad de artistas locales. Entre ellos se presenta Law Pop, para seguir desparramando su energía arrolladora.
Viernes a las 23 en Tabaco, Estados Unidos 265

Real. Fiesta Real con Victorial Mil, Isla de los Estados y el carismático Rudie Martínez con su despampanante DJ Set.
Viernes a las 24 en Real, Sarmiento 1272

En Capilla. Capilla Camboriú (parte II) se celebra con música en vivo de Panda Rojo. Gaby Bex a cargo de las bandejas de música clásica y Faxi de las de música trágica.
Sábado a las 21 en Casa Brandon, L.M. Drago 236

Sentadxs

Pulpo. Alai presenta su segundo disco de estudio *Pulpo fagocita estrella*. Invitados, Gaby Kerpel y Camilo Carbajal.
Viernes a las 20 en Niceto, Niceto Vega y Humboldt

Orozco. Continúa la obra homenaje a la poeta Olga Orozco, dirigida por Silvio Lang y protagonizada por Ana Yovino y Walter Romero. Arte visual y música electrónica en vivo.
Sábado a las 21 en El Excéntrico de la 18, Lerma 420

Uruguay. Continúa el ciclo de panorama uruguayo en El Cubo. Este jueves es el turno de Pinocho Routin presentando su segundo disco solista *Flores.*
Jueves a las 21 en El Cubo, Zelaya 3053

Nacha Concert. Nacha Guevara y Alberto Favero vuelven a pisar el escenario con un género que los vio nacer. Piano y banqueta en un café concert que incluye homenaje a Benedetti, canciones de Boris Vian y más.
Jueves a las 21 en La Trastienda, Balcarce 460

Extra

Inauguración. Se abre la muestra *Afiches* del conocido y reconocido grupo Mujeres Públicas.
Viernes a las 19 en el C.C. de la Cooperación, Corrientes 1543

Cine. Sigla te invita a una nueva función privada. Esta vez, se trata de *Cut Sleeve Boys*, una divertida y emotiva comedia que cuenta la Londres gay de la actualidad.
Sábado a las 19.30 en Sigla, Pasaje del Progreso 949

Morbo. Ya empezó el ciclo de películas propuesto por la revista *La Mujer de mi Vida* y dedicado al secreto placer que uno encuentra en el padecimiento ajeno. El domingo se proyecta *Cabezas cortadas*, de Glauber Rocha.
Domingo a las 14 en Malba, F. Alcorta 3415

Porno. Proyección de la película *Porno de autor*, de Marcelo Mónaco, en la previa a una fiesta de disfraces en la que los hombres se visten de mujeres y viceversa, el dueño de casa muestra su corto sobre una historia de amor.
Miércoles a las 20 en Casa Brandon

LUX VA A SHANGAI

El garrón chino





Nuestrx cronistx viajó hasta Shangai con el fin de homenajear a su gato y para probar hasta dónde sube la fiebre amarilla. Todavía no ha regresado y todo indica que se quedó enrededx en medio de un cuento chino.

Si en la nota de tapa de este número van a hablar de Mishima y no se dignan a hacer ni una mención a mishi shima, mi gatito siamés que me viene acompañando en las buenas y en las malas desde hace 25 años, me doy por ofendidx y me voy para Shangai. Nada de Japón. Viva mi China. Y todxs mis chinxs también. Además, gracias a mi exilio, mis queridoxs lectrxs podrán ver por sus propios ojos (lo mío es de ustedes) lo que es una ciudad tan pero tan friendly que hasta tiene un gay colocado justo en el culo de su propio nombre. Eso dije. Y ahora que ya estoy donde estoy digo que el que tiene boca se equivoca.

Sin esperar a ver qué hacía la gente de **Soy** con mi telegrama de renuncia, me eyecté y al cabo de unas cien horas más o menos, aterricé en Shangai, ciudad que como bien dice Wikipedia es la más grande de la China y una de las áreas metropolitanas más gigantescas del mundo, enclavada y dividida por la desembocadura del río Yangtzé. Dicho y hecho. Fue descender del avión, divisar a mi Virgilio, mi chino tuerto con quien había intimado por señas vía chat y que ahora me esperaba con un cartelito de papel de arroz donde estaba dibujada la palabra LUX. Tratar de avanzar hacia él inutilmente sin antes atravesar al menos dos autopistas, saltar sobre veredas rotas, atravesar empalizadas y muchos pero muchos hombres trabajando.

Porque Shangai, además de una city es una carrera de obstáculos: están en obras esperando la expo 2010 y por lo tanto a la contaminación habitual se le suma el polvo pero no ese que están pensando ustedes y queriendo yo, sino el de la demolición y el calor.

Una vez que pude encontrarme cara a cara con mi lazarillo se me ocurrió comentarle que en las tres horas que había pasado caminando no había visto ni rastros de vida gay. No hay vida gay, me respondió otra vez por señas. Hay que buscarla. Cuando no hay vida, dije apelando a mi sabiduría de viejx cliente de locutorio, hay que meterse en Internet. El problemita es que lo que no hay acá es Internet, me dijo mi amigo en furioso castellano. Mi chino me trataba de explicar que no hay locutorios ni acceso irrestricto como en los países latinos, ni tampoco un google común y corriente sino un buscador especial que no deja un resquicio mínimo para chanchadas.

Decidí por lo tanto apelar a mi olfato desarrollado en años de yiro, estaciones de tren, cines porno, y esquinas porteñas para llegar a algún lugar como la gente.

Así es como el sábado a la noche me encuentro sin preguntar dónde y por qué en Studio, un sótano-laberinto con galería de ¿arte?, una tienda llena de calzoncillos, un pipi room lleno de espejos para que los muchachos se espíen las partes y la discoteca: igual a todas las discos gay del mundo (¡parecen un franchising!), musculocas de ojos rasgados bailando house berreta. Muy cerca hay un sauna gay, pero no me dejan entrar porque llevo tacos.

Lo mejor viene al día siguiente: en un barrio humilde funciona Lai Lai, un salón de baile en un segundo piso por escalera, que abre sábados y domingos de 19 a 21. El público: señores maduros y muchachos de provincia que danzan una especie de tango vals girando sobre el amplio piso de madera; con banda en vivo y karaoke: cualquiera puede subir a cantar. Un amable señor chino me saca a bailar y acepto encantadx, es muy amable y de coger ni hablamos. O a lo mejor hablamos pero acá la gente se empeña en hablarme en chino.

Pido cerveza y me la sirven en un vaso de helado. A las 9 en punto, las lamparitas de colores del techo se apagan y todos salen ordenadamente. Un señor me toca los pelos del brazo y ríe. Aquí en China lo único que tiene pelos es el Chow Chow. Otro me toca las partes y me guiña un ojo. "¿Querrás jugar a los palitos chinos?" pregunto al aire pero no obtengo respuesta. Enfilo derechitx esperando comprender el código de esta fiebre amarilla, que parece que levanta pero no mueve el termómetro. Salimos en procesión por el barrio, la gente come en la calle y juega una especie de mini billar. Nos dirigimos a una plaza oscura donde siguen cantando al aire libre, pasean, se miran y coquetean como los novios de antaño. Se me acerca un señor y hace una reverencia, luego otro, y otro, y otro más. Me hablan en chino pero ahora yo les entiendo. Este es el punto en el que interrumpo la crónica para concentrame en la acción. No pienso volver hasta que no me llamen. Sigo en la próxima, no es cuento chino. ●

Lai Lai
235 An Guo Rd, Shanghai
second floor, Hongkou District
Phone 86/21-6546-1218

Shanghai Studio
1950 Huaihai Rd N° 4

4X4 texto **Pamela Mascardi**

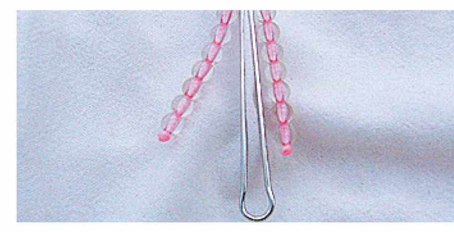
Llenando la caja de herramientas

Objetos sexuales que no suelen aparecer en primer plano en vitrinas de sex shops ni siquiera en páginas web de ventas especializadas, pero que por su comodidad y su precio harán las delicias, sobre todo, de damas bien entrenadas.



Compartido y a distancia

Dos puntas tiene el camino, dice la cueca chilena, y en las dos alguien espera. ¿Por qué resignarse entonces a esperar turno? Este aparatito consta de dos vibradores, uno en forma de bala símil metálica y el otro con reminiscencias peneanas para chicas más vainilla o bien bisexuales en jelly azul. Ambos vibradores van unidos por un cable tan largo como invisible a un control que regula la velocidad de la vibración y que, esta vez sí, habrá que compartir o dejar a un lado cuando se llegó al ritmo justo. ¿Ventajas? Por ejemplo, puede una tomar el control cuando ve que la cosa amaina, puede dejar que el adminículo se pierda en el interior del ídem porque total será fácil rescatarlo, se comparte el juguete sin necesidad de lavarlo porque cada una tendrá el suyo. Y también, por supuesto, el precio módico —su diseño modesto y sus dos pilas doble AA lo garantizan— y el tamaño portable. Ideal principiantes.



Un mapa de tu amor

Aunque la mayoría se jacte de conocer el cuerpo de la otra como el propio, ha pasado en más de una ocasión que la lengua se ha limado de tanto insistir sobre el hueso o en un lunar ubicado justo al lado; o bien se ha perdido en medio de la jungla del monte de Venus ocasionando no pocas molestias —las arcadas son las más molestas y fáciles de distinguir—. Esta es una de las ventajas de esta pinza para clítoris, casi una señal luminosa, un camino de pedrería que dice "ven, ven a mí". Otros usos también son recomendables y dependen del modo en que se coloque esta hebilla: un pequeño pellizco, un dolor soportable y sostenido puede hacer las mieles de quien quiera engalanar sus partes y de paso señalizar el camino a la frutilla de la torta sin necesidad de enunciar una sola palabra. Precio más que módico, casi ínfimo.



Ahí va la bola

Herederas modernas del auténtico dildo —sí, la corrección política llama ahora dildo a cualquier cosa, pero no siempre fue así— estas bolas doradas, rellenas a su vez por otras bolas, pesadas y tintineantes, generan sensación de saciedad ahí donde se las introduzca. Se pueden usar en pareja o bien llevarlas puestas durante las actividades cotidianas, lo cual genera un cálido placer sólo por acción de la fuerza de gravedad que hace que ellas presionen en puntos clave de las zonas más oscuras del cuerpo. Hay quien dice que resultan ideales para incrementar el placer durante el sexo oral o bien para interactuar con otros elementos que puedan convivir en un mismo espacio.
Atención: estas mágicas esferas no pueden usarse por vía anal, aun cuando tienen de dónde agarrarlas, es fácil perderlas y esas cavidades sólo las sacará el cirujano. O el laxante.



Dedos bien montados

La habilidad manual es un encanto tan valioso como difícil de advertir a primera vista. No es el tamaño lo que importa, no es la forma en que se gesticula, apenas si se detendrá una en la existencia de alianzas. Es probable, sí, que otros anillos alerten sobre el entrenamiento de dichas manos, máxime cuando un bodoque de proporciones dolorosas exhibe por debajo una línea de piel blanca inmaculada que delata que ese anillo y ese dedo ya son uno. Es más factible todavía que sean las uñas las que permitan advertir en una mano a una amante: ni muy largas y filosas —duele de mirarlas— ni muy masticadas —ay, la prevención de its—. Todos esos son detalles sin importancia con estas fundas para dedos, lavables, reutilizables, de grosor agradable, con simpáticas escamas, que harán las delicias de la dama que da y de la dama que recibe. Lo mejor, su precio módico y su fácil transporte; ni siquiera es necesario tener cartera.

CABLE

El mundo sin L

¿Por qué la serie más exitosa entre las lesbianas del mundo en Argentina se levanta sin previo aviso?

texto **Mala Riestra**

Es jueves y la desubicada de Karina me llama para ir al cine.
—¿Estás loca, Karina? ¡Hoy dan *The L Word*!
Ya me pedí mi 1/4 kilo de Chungo y en este momento estoy esperando que los alcauciles (la verdura de estación recomendada por Narda) estén en su punto justo para sencillamente meterme en la cama a ver mi novela favorita. Karina insiste, pero le corto. Lo mejor en este día sagrado sucede en la tele. Me preparo mi bandeja llena de alimentos, unos bebestibles y entro en el cuarto con la felicidad de las ingenuas. Pero en ese mismo momento me acuerdo de mi ex y algo se empaña. Ella odiaba esos libros que se apilaban por meses en nuestro dormitorio justo al lado de la tele, ahora los ordeno como un acto de reivindicación de mi soledad. Tanteo con mi mano derecha el cajón de los vibradores, no vaya a ser que esta conchuda se los haya llevado todos. Alguno falta Siento un volcán de furia de sólo pensar que los puede estar usando con otra.
Finalmente enciendo la tele. Me relamo pensando en el capitulón que voy a ver, la última vez Tina se sentó en la cara de Beth a modo de reconciliación y casi acabo. Son las nueve en punto. Institucional del canal, un segundo de pausa y ¡NO! Una serie idiota de adolescentes idiotas con idiotas superpoderes. Es la tercera vez que me hacen lo mismo, el tercer año consecutivo. Levantan la serie cuando quieren, sin avisar, sin saber si Jenny está viva o muerta o si Shane va a seguir metiendo la lengua en las grietas más impropias. ¡Es intolerable! ¿Qué somos nosotras? ¿Usuarias itinerantes? Debería llamar a estos delincuentes de la Warner...
Seducida y abandonada, a punto de llamar a mi ex o a Karina, que seguro ahora está comiendo con mi ex, decido entrar en Internet para enterarme en cualquier blog de las islas Canarias todo lo que la tele no me da: que Max, el trans, ha quedado embarazado, que Jenny fue asesinada, que Beth espera un hijo, que la serie terminó también en Los Angeles, pero que sigue convertida en reality show. ¿Requisitos del casting? "Lesbianas que planeen adoptar, que sean poderosas portadoras de tarjeta de crédito, que sientan a sus amigas como a su familia..." Que hayan tenido sexo con la mayor parte de esa familia, habría que agregar. Porque, vamos...
Sí, estoy segura, mi vibrador negro está en manos de Karina y en partes innombrables de mi ex. "El amor es un engaño de nuestras hormonas", canta Violencia Rivas y yo rezo: "Gracias, diosa, por haberme dado a Capusotto en Canal 7". No voy a llamar a Warner, le voy a escribir a Cristina para que entre tanto fútbol de vez en cuando pongan una serie con algo de diversidad. Y que los cipayos del cable me vayan borrando de su lista de clientes. ●



Venganza en colores

Con *Los abrazos rotos*, Pedro Almodóvar avanza firme en su eterna reescritura de las mismas obsesiones que lo acompañan desde la movida madrileña, pero esta vez al borde de un ataque de nostalgia por el camp perdido.

texto **Diego Trerotola**

Al ver el estilo cinematográfico recargado de Almodóvar, sus típicos planos de colores explosivos que lo caracterizaron desde sus inicios, aparece como obligatorio insistir con palabras como kitsch o, mejor, camp, no sólo para adjetivarlo sino para ubicarlo en esa tradición de una cierta tendencia de la sensibilidad gay, marcada por el gusto por el artificio como vía de escape del determinismo de lo natural, de lo biológico. Así, esas palabras parecen un atajo cómodo y fácil (sobre todo si uno sabe de memoria a la Susan Sontag de *Notas sobre camp*), para introducirse al mundo del director manchego y abrir el camino para encontrar las mil y una maneras del gesto marica disperso en su obra. Pero, sin embargo, parece que su gusto por el colorido desbordado tiene un origen paradójicamente biológico, que se remonta incluso a antes de su nacimiento. Según las propias notas de Almodóvar en su blog, cuando decidió darle un papel a su madre Francisca Caballero en *Mujeres al borde de un ataque de nervios* (1988), la acompañó a un negocio a comprar el vestido con el que aparecería en la película. Ahí, mientras la vendedora le mostraba una serie de trajes negros, su madre los rechazó. Cuenta Almodóvar: "Con la espontaneidad que la caracterizó toda su vida, y que yo heredé hasta que en algún momento la perdí, mi madre le explicó a la vendedora que había guardado luto desde los tres años hasta pasados los treinta. Detalló: A los tres años se le murió su padre, mi abuelo, antes de cumplir con el luto se le murió un tío carnal, y así sucesivamente hasta que tuvo más de 30 años... Cuando mi madre me concibió vestía de luto. Su propia naturaleza, hastiada del color negro, gestaba en su vientre la respuesta a esa tradición tan radical, irracional y manchega. Yo era la respuesta a la injusta situación que ella había vivido desde los tres años. Mis películas eran la venganza de mi madre contra el color negro". Digamos, entonces, que había una predestinación camp en la vida de Almodóvar, antes de ser un gusto adquirido y una complicidad estética entre locas, su debilidad por los colores chillones estaba en sus genes como un mandato materno que cumplir como revancha. Como si el desparpajo marica fuese un deseo que se transmitiera en la sangre pero se cristalizara en la mirada. Y *Los abrazos rotos* es el último exceso de ese Almodóvar creador de espejismos cromáticos. Y, como él mismo lo admite, la espontaneidad es algo que su cine ya ha perdido: queda el destino melodramático de repetir la misma mueca camp sanguínea, con todo el dolor de no poder salir del estilo personal como condena. Pero en *Los abrazos rotos*, más que en cualquiera de sus últimas películas, supera el aspecto de muestrario autorreferencial, porque logra abrirse paso para proyectar una idea sobre el presente que lo libera de caer en sus propias redes almodovarianas. No es que en esta película el director haya dejado su regodeo en lo melodramático, su tendencia a la mezcla de géneros, sus imágenes como juegos de artificio donde el cine expone toda su sensualidad, las citas cinéfilas como relectura de su canon personal y, sobre todo, esa visión del sexo como celebración y condena de la carne. Todo eso está en dosis excesivas, como corresponde, pero también se permite una reflexión sobre el giro de lo camp en la cultura contemporánea. Y para eso está el personaje del maricón, Ray X, interpretado por Rubén Ochandiano, que tiene dos caras: una sepultada en un pasado de adolescente afeminado, rechazado y molesto resueltamente camp; la otra cara, la actual, es una estética de la mímesis desafectada, asimilada a parámetros de "normalidad" uniformada mayormente de negro, educada en el modelo de gay urbano civilizado. Almodóvar mira ese presente del personaje con cierta tristeza, como si se hubiese evaporado el color festivo de una cultura gay pretérita. Y por eso, en un gesto nostálgico desgarrador, el director cierra *Los abrazos rotos* con una autoremake de *Mujeres al borde de un ataque de nervios* donde los colores vivos centellean, y donde el ademán camp, aunque guardado en el pasado, parece posible de recuperar. Y ésa es la receta que debemos aprender para salir del luto, de la oscuridad del presente. Porque, aunque parezca otra paradoja, ésta es una película de Almodóvar con mensaje y a todo color. ●

ADEMAS DEL ESTRENO DE *LOS ABRAZOS ROTOS*, EL MALBA EXHIBE EN ESTOS DIAS *ATAME!* MAS INFO: WWW.MALBA.ORG.AR



Si te discriminan, LLAMANOS.

Celebremos la diversidad.
Los mismos derechos
para TODAS y TODOS.

0800-999-2345

www.inadi.gov.ar | denuncias@inadi.gov.ar

Moreno 750 - 1º P. - C 1091 AAP - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

